NÚMERO 1 // MARZO DEL 2021

TACHES Y TACHONES

WWW.TACHESYTACHONES.COM

CUENTOS,CRÓNICAS,ANÁLISIS POLÍTICO,ARTÍCULOS DE OPINIÓN Y ALGO MÁS

ALEJANDRO ORDÓÑEZ

WWW.TACHESYTACHONES.COM

TACHES Y TACHONES

DIRECTOR
Rodolfo Ordóñez

CONSEJO EDITORIAL
Laura Pérez Martínez
Angelina Rivas Avila
Mónica Teresa Müller
Patricia Castillejos
Alejandro Ordóñez

DISEÑO
Taches y tachones

FOTO DE PORTADA
Xavier Espinosa

Derechos reservados.
taches y tachones 2021

Xavier Espinosa

UN PROYECTO DIGITAL QUE NACE.

Somos un grupo de amigos que deseamos iniciar una revista literaria incluyente, por eso estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas y ensayistas, de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.
Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección: tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto los leerá el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

TABLA DE CONTENIDO

01 La dulce Filipa

04 Quién mató a Mefisto

07 Los hijos del Viento

08 La casa de los espíritus

09 La pachis

12 El espectáculo más grande del mundo

14 The actor´s studio method

16 La flor roja de su pelo

18 Un niño que vestía de azul y un perro negro, por supuesto...

20 Los polvos mágicos del abuelo

LA DULCE FILIPA

Por Alejandro Ordóñez

Quiero aclarar que mi padre es un político destacado pero a diferencia de otros ha sido honesto y por eso somos relativamente pobres. Claro, después de una vida de trabajo, algo ha hecho, además mi madre es ahorrativa, así que sacó provecho a bonos, prebendas e incentivos confidenciales otorgados a mi padre por contribuir a la democracia. Vivimos en un fraccionamiento exclusivo, a orillas de la ciudad, construimos la casa sobre un terreno donado por el municipio. Tenemos autos de lujo y un yate, pero no quiero hablar de eso. Ocurrió cuando mis padres visitaban Europa, en viaje oficial, porque ya se sabe, hay que aprovechar las facilidades que dan los cargos. Era la madrugada, dormía plácidamente. Filipa, la chica que ayuda a mi madre en los quehaceres entró a mi cuarto. ¿Qué pasa, pregunté? Se metieron unos hombres, dijo, están en el patio de servicio forzando las cerraduras de la puerta de la cocina. Salí al balcón, estaban ahí mis dos hermanos. Llama a la patrulla, ordenó Fernando, quien por ser el mayor se siente el patriarca cuando estamos solos.

Por fin, después de varios intentos, una adormilada voz de mujer contestó: Policía municipal, ¿Dígameee? Señorita, habla el hijo del senador zutano, se metieron unos ladrones al jardín y quieren entrar a la casa. ¿Direcciooón? Tal. Vapallá una unidaaá. ¿Cuánto tardarán? Media hora. Señorita están armados, son peligrosos. Ya le dije, vapallá una unidá y cuelgue porque mestá saturando las liiínias. Regresé al balcón. Fernando hablaba con los rateros, dos chavos flacos, desnutridos y con facha de jodidos. Ya viene la patrulla, váyanse, más vale que no los agarren aquí, pero los jóvenes guardaban silencio y seguían forzando las cerraduras. Fernando se empezaba a encabronar. ¿Qué no me oyen pendejos? Lárguense. Pinches huevones, pónganse a trabajar y no quieran chingarse la lana de otra gente. Y que el más flaco contesta: cállese cabrón, ¿no ve que nos pone nerviosos y no nos deja trabajar a gusto? Te voy a aventar unas tortillas duras para que se las lleves a tu madre que se ha de estar muriendo de hambre la cabrona. Orale más respeto con mi jefecita, eso no se lo paso. Me meto con quien quiera y vas y chingas a tu madre pendejo. Y el pendejo que saca una pistolita y Fernando burlándose de él. Apúntale bien idiota y ¡pum! que rompe el silencio de la noche un plomazo que se estrella en el techo del balcón y Fernando riéndose: eres un pendejo, ¿no te digo? Pinche fracasado, ni pa ratero sirves, eres un perdedor y tu madre una pendeja.

Dirección de Policía, ya le dije: vapallá una unidaá, sque la patrulla no puede ir rápido porque el fraccionamiento tiene así de topes y se pue romper el mofle o el cárter y ustedes no se acomiden pa pagarlo. Y ya no esté llamando porque lo voacusar de desacato a la autoridaaá. Que sale Filipa al balcón y les avienta una maceta. ¡Madres! Brincan los chavos: órale pinche vieja ¿pus qué trais? Y Hugo, mi hermano menor: se va a cagar mi mamá, era de porcelana y la trajo de China. Pero Filipa, encarrerada, ya les tiraba otra maceta. Se va a cagar mi mamá, eran las orquídeas que trajo de Asia. Y los chavos que se refugian bajo el techo del lavadero, al otro lado del patio, protestando por la agresión, que empieza uno a reír, y el otro, qué onda carnal. ¿Ya viste? Estamos asaltando la casa de los tres cochinitos, órale mi lobo feroz, aunque más que cerdos parecen hipopótamos, juar juar juar. Tu madre ha de ser una pinche puerca.

Los tres cochinitos y Petunia. No te metas con mi mamá y Fernando agarra un jarrón y lo avienta con tanta fuerza que llega al lavadero. Y órale cabrón, ya me heriste. Y Hugo: se va a cagar mi mamá, esa cerámica la trajo de Egipto. Y entre fintas y contrafintas volaban los proyectiles pero los rateros regresaban siempre a la puerta. Parecía que defendíamos Masada y las legiones romanas no cedían. Se acabó el parque, no había qué aventar y la primera chapa había cedido. Sale Filipa al balcón, vacía detergente en una cubeta y se las avienta. Era agua hirviendo y los rateros, ¡ay ay ay! Orale que nos están quemando y pérate carnal quementró jabón en los ojos y otra vez, ataques y contraataques, para entonces el detergente en el patio había formado una capa de espuma de medio metro y parecía que los ladrones flotaban entre nubes. Y el pinche Hugo: se va a cagar mi mamá, te acabaste el detergente de todo el mes.

Y que las cohortes romanas desprenden una lámina del techo del lavadero y avanzan cubriéndose con ella. En la madre, la segunda chapa cede. Sale Filipa con dos galones de aceite purísimo de oliva, extravirgen y los vacía pegados a la pared. Se va a cagar mi mamá, te acabaste el aceite para el bacalao y jodiste la pintura de la pared. Los rateros resbalan, caen, van al cuarto de lavado y regresan caminando sobre la ropa. Se va a cagar mi mamá, son los vestidos que trajo de Tailandia. La última chapa está por ceder, sólo quedan dos tornillos. Morimos de miedo, amenazaron con violar a Filipa y matarnos a nosotros. Filipa toma su caja de herramientas y la pistola de aire de mamá, corta el cable, pela el polo positivo. Baja a la cocina, conecta el cable y con el alambre pelón hace contacto con la perilla. Nomás que hagan tierra estos cabrones. El grito es aterrador, el cortocircuito es durísimo, el cable zumba y se oye el chispazo. Me electrocuté, grita uno, el otro lo carga hasta el lavadero. Estamos a oscuras. Se va a cagar mi mamá, fundiste la instalación eléctrica.

El tipo se repone, abren la puerta, van a entrar y un diminuto punto rojo se posa en la frente de un ratero. Levanta las manos y grita aterrado: ¡No dispare!, El otro pregunta qué onda. ¿No ves? Nos apuntan con un rifle de mirilla infrarroja, como el de Rambo. ¡Uta madre! La luz infrarroja va y viene de una frente a otra, ambos gritan, lloran, se hincan, piden piedad, no son gente mala, sólo querían robar pero el gordo mayor los hizo enojar, no querían hacerle daño a nadie. Y el pinche Fernando: ¡Dispara, dispara, mátalos ya, reviéntales el cráneo aunque nos llenen de mierda la pared porque estos no tienen sesos!

Se escucha la sirena de la patrulla, Hugo les abre, los rateros chillan, exigen la presencia de Derechos Humanos, están heridos, quemados, electrocutados, medio ciegos y estuvieron a punto de ser asesinados. El comandante pide que le expliquen. Un arma de alto poder mi jefe, con mirilla infrarroja, aquí nomás en la frente. El comandante trata de extorsionarnos. Uta, eso es gravísimo, está penado. Cárcel sin derecho a fianza. Denme el rifle, son armas para uso exclusivo del ejército, quedan detenidos hasta que se aclare, a menos que... Y nosotros chillando: no, pus cómo, si somos las víctimas y de pronto el puntito colorado se posa en la frente del policía, los demás voltean apuntando sus armas hacia el balcón y se tiran hechos la madre al suelo pero el jefe los pone quietos. No disparen, grita, mientras se orina de miedo y tiembla. Usted, el francotirador, por amor de Dios quite el dedo del gatillo, no vaya a ser la de malas y se escape un tiro. Desde el oscuro balcón se escucha la risita de Filipa, no manchen, cuál rifle de alto poder, cuál Rambo, es mi lamparita de rayos laser que llevo al estadio para aluzar los ojos del portero contrario, ¿a poco creían que era de las que se conforman con gritarles: ¡Puto!?

QUIÉN MATÓ A MEFISTO

A LA MEMORIA DE LA CHATITA

Por Alejandro Ordóñez

Pasé mi infancia en la casona patriarcal del abuelo Alejandro, veterano combatiente de la Revolución Mexicana. Tal vez el caserón fue construido a fines del Porfiriato y aunque en su momento debió ser magnífico, por aquél entonces acusaba la decadencia de los años. Habían derribado el árbol que alegraba el jardín y la campánula que pintaba el hall con sus diminutas flores lilas se había secado. La construcción y el terreno eran enormes, como todas las casas ubicadas frente al Bosque de Chapultepec. Los techos altos, sostenidos por gruesas vigas traídas del aserradero del abuelo. Puertas tablereadas de cedro o caoba, igual que los muebles hechos por mi general que a más de otras cosas era excelente carpintero. La casa olía a madera fina, a flores, a guisos mexicanos y a la tierra húmeda del patio trasero donde había un gallinero, patos, perros, gatos y hasta una gallina de guinea, de nombre Federica. El Arca de Noé en pleno.

Decían las malas lenguas que no lejos de ahí hubo minas de arena y que los terrenos no eran seguros. Nuestra casona tuvo mejor suerte, fue construida sobre lo que fuera en el pasado un camposanto, como dijera Abrahamcita, una viejecita que hacía las veces de mi nana, que se empeñaba en enseñarme rezos y en hacerme jurar que de grande sería sacerdote, ante la ira incontenible de ese masón que era mi abuelo. Sí, la casa estaba asentada sobre un viejo cementerio abandonado y de cuando en cuando se acordaba de su vocación original pues no faltaba la noche en que se veían brotar del suelo pequeñas nubecillas que de pronto se incendiaban iluminando brevemente la oscuridad del patio trasero. ¡Fantasmas!, gritaban, pero tía Chatita, que entonces era una joven actricita ensayando para debutar en el Palacio de Bellas Artes decía: “es el fósforo de los huesos que yacen bajo tierra”. De día parecía un argumento razonable, pero de noche, frente a esa neblina luminosa no faltaba el miembro de la familia que se persignara y corriera casa adentro.

PLa tribu se complementaba con los numerosos vástagos de una sirvienta que, contaban, fue soldadera, viuda del caballerango del abuelo y de otra mujer que lavaba y planchaba la ropa, cuyos hijos eran aceptados como miembros del clan.

Algo hay que reconocer, apenas caía la noche la casa se llenaba de susurros, ruidos extraños, puertas que parecían cerrarse de golpe, aunque siguieran abiertas. Sombras que se paseaban por el pasillo que iba hacia la biblioteca donde pasaba mis tardes. Yo no sabía de las cosas de Dios o del diablo y por eso no me daban miedo las consejas, así que a menudo me quedaba solo mientras la familia iba a cenar fuera, aunque recuerdo, no sin temor, una vez en la que la tina del baño sonó repetidas veces como si fuera una campana, al ir a investigar no encontré nada extraño y al salir de ahí se reinició el concierto. Sin embargo, la vida corría feliz en la casona y al oscurecer nos reuníamos en la cocina para escuchar historias macabras que acompañábamos con té de canela y rosquillas de azúcar. Eran los años mozos de la Chatita que aún no hacía pública su condición de bruja, aunque no hiciera falta porque daba ya muestras de sus artes adivinatorias y de sus facultades premonitorias. Además los vecinos conocían su destreza con la ouija, misma que manejaba con los ojos vendados, al llegar la noche, siempre que guardáramos silencio. Apagaban las luces de la sala, iluminada sólo por dos velas, nos sentábamos en torno a ella y de la amiga en turno que pedía establecer contacto con el más allá. Mi madre, cuaderno y lápiz en mano iba anotando, ante el azoro general, las respuestas. Sólo yo, un niño que frisaba los siete años, podía repetir las letras que la tabla dictaba, ya que en esa familia de lectores había aprendido a leer a los cuatro años. Y ahí iba yo hilvanando las letras que la manita señalaba: pe, e, ene, de, e… o en ocasiones: ce, hache, i, ene, ge; entonces, con mi impaciencia infantil, me adelantaba al oráculo y gritaba triunfal: “chinga, ah no, chingao” y entonces me agachaba porque sabía que el pescozón de mi madre volaba como eso, como chingadazo.

Daban miedo las habitaciones en desuso que de pronto se iluminaban a media noche a pesar de que no había focos en sus lámparas, pero lo que producía un terror exacerbado era una escultura de barro que tenía la Chatita en su cuarto, a la que prendía una veladora roja. Medía cosa de un metro aunque a mí, que veía a la gente desde abajo se me hacía enorme. Era alargada, parecía un hombre, aunque el pie que asomaba bajo la capa era una pezuña hendida, igual a la de los machos cabríos. Tenía alas dobladas sobre la espalda y su larga cola rozaba el suelo. Sus manos detenían la capa que lo cubría, barba en piocha y cuernos en la cabeza, pero lo que en verdad impactaba eran sus ojillos que irradiaban maldad y parecían seguirlo adonde se desplazara uno dentro del cuarto.

Por las noches, alumbrado sólo por su veladora roja era impresionante porque el chisporrotear de la cera hacía mover su sombra proyectada en la pared y la elevaba hasta el techo. Parecía entonces un ser maligno a punto de atacar a su presa. Además, con el bailoteo de la llama, las facciones de su cara tomaban vida y sus ojillos adquirían toques de una maldad infinita. Fueron muchas las madrugadas en que la Chatita, incapaz de soportar el espectáculo se fue a dormir, aterrada, al cuarto de mi madre. Cuando pregunté quién era, dijeron “Mefisto”, tal vez porque pensaron que Mefistófeles era un nombre muy largo para mí. Mefistófeles, el encargado de capturar almas, Satanás mismo. La tribu en pleno reclamaba a la tía: regálalo, tíralo, no lo tengas en tu cuarto, te hace daño mujer, te lastima, juegas con fuego, si es el propio diablo, y Abrahamcita se santiguaba y me tapaba los oídos para que no escuchara, pero la Chatita se negaba rotundamente y es que parecía estar bajo el influjo de ese maligno ser al que temía, pero reverenciaba con su infaltable veladora roja.

Yo lo contemplaba todos los días cuando al oscurecer salía de la biblioteca para unirme a la tertulia de la cocina, pues pasaba frente al cuarto de la tía y parado bajo el marco de la puerta veía cómo me contemplaba Mefisto con sus ojillos demoniacos que parecían brillar bajo la flama y al brincoteo de ésta su cara se movía, adquiriendo vida propia, extendía los brazos que para entonces habían soltado su capa y sus labios se movían para decir que había venido por mí porque era malo, pues andaba peleando siempre con mi hermana.

Una noche, en plena tertulia, la tía fue a su cuarto a buscar algo. El grito fue desgarrador. Parecía el aullido de una fiera herida: "Mataron a Mefisto, mataron a Mefisto", decía confundida. Llegamos al cuarto. El diablo no estaba en el nicho y ella señalaba insistente hacia la cama. Separaron las cobijas y ahí, con la cabeza apoyada sobre la almohada, estaba acostado Mefisto. Parecía que estuviéramos abriendo el sarcófago de Drácula porque Mefistófeles estaba a punto de desintegrarse. La pezuña hendida estaba intacta, pero las piernas lucían fracturadas; tenía una severa lesión en el abdomen y las alas rotas; la cara partida en dos, pero los ojillos estaban intactos. De ahí, como en novela de Agatha Christie. Todos a la sala y empezó el interrogatorio aunque de mí, por ser un inocente crío, nadie se ocupó. El crimen debió ocurrir al oscurecer porque la Chatita estuvo ahí hasta que se unió a la tertulia familiar, donde la aguardaba la tribu para escuchar sus tétricas historias, así que todos tenían coartada. El arma del crimen debió ser un palo grueso pues una escoba no habría podido romper el duro material de la escultura y fueron a buscar el arma que nunca apareció. Al transcurso de las semanas se fue olvidando el incidente, aunque si hubieran buscado donde guardaba mis juguetes habrían hallado un balero, un trompo, un arco y flechas, una pelota de esponja, un guante de béisbol y un bate de madera.

Yo seguí con mis rutinas, lo que nunca dije es que todas las tardes, al salir de la biblioteca y pasar frente al cuarto de la tía, el rojo resplandor de la veladora ejercía un influjo sobre mí y atrás de ella Mefistófeles me miraba con gesto acusatorio y sus labios se movían para decirme que pronto vendría por mí, para vengarse...

LOS HIJOS DEL VIENTO

Por Alejandro Ordóñez

Miró la ingente distancia que lo separaba de la meta: cien metros. El hectómetro, dirían los conocedores, aquél que haría famosos a hombres como Carl Lewis, "el hijo del viento", por devorarlo en menos de diez segundos. Cien metros, el recorrido que marcaba la diferencia entre la gloria y el fracaso; seguir vivo o estar muerto. Aflojó su cuello, relajó los brazos y apretó las mandíbulas. Recordó, inevitablemente, sus grandes hazañas en el maratón: las tres horas con treinta, con cuarenta o con cincuenta minutos que empleaba para recorrer cuarenta y dos kilómetros; la vuelta olímpica al estadio, entre los vítores del público y la admiración de los amigos que magnificaban el esfuerzo realizado a lo largo de la ruta. Aspiró profundamente, soltó el aire de un golpe. Echó a andar el cronómetro y se puso en movimiento.

Cien metros, noventa, ochenta metros... Sintió como si fuera una descarga eléctrica, el dolor clavado en las caderas. Aflojó el ritmo para que no le faltara fuerza al momento del cierre. Miro -al final del pasillo- a la gente que aguardaba. Cincuenta metros: aceptó feliz las palmadas cariñosas que recibía en los hombros y en la espalda. Treinta metros: rechazó la ayuda que gente amistosa pretendía darle. Veinte metros: sus pulmones a punto de estallar hacían que la respiración se volviera, más que difícil, dolorosa; la sangre golpeaba con fuerza sus sienes; las manos crispadas sobre el tubo de metal; las piernas doloridas parecían negarse a obedecer la férrea determinación de la mente. Diez metros: rechazó enérgico la asistencia que pretendía darle una enfermera y se negó a utilizar la silla de ruedas que le ofrecía. Cinco, cuatro, tres metros... Las piernas parecían volar, las manos vigorosas se aferraban al metal, tratando de dar mayor impulso a cada zancada y una orgullosa sonrisa se imponía sobre ese rictus de dolor que hasta hacía unos metros le aquejaba. ¡La meta! ¡Por fin cruzó la meta! Paró el cronómetro.

Ansioso revisó su tiempo: treinta segundos menos que el mes pasado. Sacó de sus bolsillos un pañuelo, limpió el sudor que escurría por la frente. Secó sus humedecidos ojos. Se unió a la fila, entre los gestos de cansancio de la gente. Esperó paciente su turno. Llegó por fin hasta la ventanilla, vio el gesto hosco de la empleada, soltó brevemente la andadera -que lo sostenía- para identificarse. Firmó los documentos. Escuchó los impacientes gritos de los que venían detrás y la voz ruda de la empleada que lo conminaba a retirarse. Sonrió sin inmutarse y contempló el cheque de su pensión, como si se tratara de una medalla olímpica...l

LA CASA DE LOS ESPÍRITUS

Por Alejandro Ordóñez

Que me disculpe Isabel Allende pero si hay una casa que merezca ese nombre es la mía porque en ella encontraban refugio, cariño y compañía las almas de los difuntos, los recientes y los antiguos, porque no había habitación ni pasillo que no llenaran con sus manifestaciones. Pero no se piense que arrastraban gruesas cadenas como en las novelas de terror o que penaban por los rincones, ni eran sollozos o lloriqueos los que escuchábamos. No, sus sombras, sus aromas y sus ruidos eran festivos y parecían disfrutar con nuestra presencia. De la familia quien tenía el don para presentirlos, o a que se le presentaran frecuentemente era Francisca. Y no es que los demás fuéramos ajenos al fenómeno pero más que nada éramos testigos de sus comunicaciones, aunque las sombras o las luces, los aromas y los ruidos con que se manifestaban eran seguidos con gusto por todos. Había ocasiones en que los contenedores de plástico para guardar alimentos caían de la despensa sin motivo aparente. Se escuchaba el ruido y ahí íbamos, de puntitas, a contemplar los más de treinta recipientes tirados en el suelo. Los colocábamos en su lugar y apenas apagábamos las luces de las recámaras se volvía a escuchar el estruendo que producían al caer nuevamente desde una altura de dos metros.

Francisca se preguntaba entonces quién habría muerto y sin importar la hora tomaba su rosario y se encerraba a rezar en su cuarto de costura, su sitio favorito, pues ahí estaba la caja fuerte con las alhajas que habían venido atesorando desde su bisabuela ya que cuatro generaciones de Franciscas habían compartido el nombre y el vicio por las joyas que en verdad eran muchas, bellas y muy valiosas; ahí se reunía los jueves en la tarde con un grupo de amigas que tomaban el té, conversaban y bordaban o tejían maravillas.

Al otro día una llamada telefónica avisaba que había muerto fulano y entonces Francisca decía: sí, fue a las tres de la mañana. Alguno se preguntaba cómo era que sabía la hora exacta de todas las muertes. Bueno de casi todas porque no se piense que a la casa acudían todos los difuntos; no, parecían ir sólo aquellos que nos habían querido en vida y no es que fueran a despedirse porque por lo general volvían, quizás iban a participarnos su nueva condición. Hubo ocasiones en que seres que decían amarnos no se presentaron en la casa ni por equivocación y Francisca, que les llevaba muy bien las cuentas, pasado un mes aseguraba que el difuntito nos había engañado, en vida, y era falso que nos apreciara.

LA PACHIS

Por Alejandro Ordóñez

Quedó de poca madre Pachis, si pudieras verla desde donde estás. Pachis, la de la nueve, con sus labios colorados y mejillas como manzanas de California. Píntame los párpados de azul y tízname las pestañas papacito, ponme mis pantuflas doradas y mi chalina con pendejuelas plateadas para que estas viejas sepan que soy la puta más chingona de todo el universo. Sí Pachita. Sí mi rey, dime Pachita, Pachis, o de jodida Francisca; pero no me vayas a decir Pancha, porque así me llamaban en una casa donde trabajé de criada. Me despertaban de madrugada y a chambear como burro Y Pancha esto y Pancha estotro y en la noche, ya rendida, veía cómo la rendijita de luz que se filtraba por la puerta del cuarto se hacía grande, después chiquita, luego unos pasitos y un ruidito de ropa que caía al piso y de pronto tenía al viejo atrás, encuerado y como burro en primavera. Panchita: no digas nada, soy el señor. Déjeme en paz. Y él: no te hagas, si a leguas se nota que te encanta. Mira que pechos, que piernas, que nalgas. Y es que siempre he tenido buena nalga mi rey, ¿será por la bailada? Yo lo dejaba hacer porque el viejo estaba requetebién armado, desde que lo vi me dije: órale mi Pachis, atásquese ora que hay lodo. Con decirte que nomás de acordarme se me hacen agua las nalgas… Lo aguanté hasta que me harté, lo esperé tras la puerta.

Y ahí la rendija de luz abriendo, luego cerrando, los pasos calladitos y la ropa cae suave, cuando el tambor de la cama rechinó encendí la luz, lo encaré con una charrasca y le dije: ya me cagaste. Y él que brinca. Panchita, que susto me pegaste, apaga la luz y shhh, no grites, vas a despertar a la señora. Que le enseño la charrasca. ¿Ves esto? Fue de mi madre, con ésta charrasqueó a Agustín Lara. ¡Ay, Agustín Lara! Si hubiera sido más vieja podríamos haber chambeado en la misma casa de citas y que tal que me compone a mí: "… acuérdate de Acapulco, María bonita…" Bueno mi rey, ya sé que hay de putas a putas y como dijera José Alfredo, no entiendo eso de las clases sociales, pero de que las hay, las hay. Que le digo: te despachaste con la cuchara grande, ahora págame. Deja tu ropa, ve al estudio por lana; yo, pa que veas que soy buena le hago como la policía: lo dejo a tu criterio güey, y cuidado porque te dejo un recuerdito en plena jeta y a tu ruca también la charrasqueo para que te maldiga por caliente. Cuando volvió temblando de miedo y frío le dije: quédate aquí y no la vayas a hacer de jamón porque te chingo. Para protegerme y no me fuera a acusar de ratera me llevé su ropa y para que no pudiera entrar a la casa cerré por dentro la puerta de la cocina, prendí las luces, puse el estéreo a todo volumen y me fui hecha la chingada, atacándome de risa. ¿Cómo la ves mi rey, te sigo platicando? Pío, pío, pio.

Como usted diga Pachita. No me hables de usted, a las putas nadie nos habla de usted. No nos toman en serio. Como usted diga Pachis. Pinche Luis, ¿no te digo?, ¿nunca te has cogido a una puta? No Pachita. Pinche Luis, se me hace que eres puto. A ver, contesta: ¿eres de clóset, travesti o mariquita? Ninguno. Ah, entonces eres de clóset, pero no te preocupes mijo, ya irás perdiendo la vergüenza. Pío, pío, pío. No me llamo Luis, ¿por qué me dice así? Es que te pareces a un cliente que era igual de ingenuo, con decirte que le vendí varias veces mi virginidad y la pagó cara. Esperaba que viniera borracho y estuviera yo terminando de menstruar, porque una vez lo hice al principio y al ver la sangre casi se desmaya y sólo se le ocurrió preguntar: ¿te lastimé, mamacita? Cuénteme algo de su vida Pachis, ya ve que quiero filmar una película. Mira Miguel. ¿Miguel? Sí, fue mi padrote, le decía: estoy embarazada, tengo antojo de chocolates y ahí se iba Miguel en friega. Semanas después me preguntaba por el bebé, y yo, que ni me acordaba. ¿Eh? Ah, pues está bien. Pío, pío, pío.

¿Quieres reírte? Deja que grite: ¡Enfermera, cómodo! Salen disparadas y se pelean por ponérmelo. Yo entonces me río y les digo: las estoy cabuleando; a ver, ¿por qué no corren así cuando pido el analgésico? Pero no se confíen porque el día menos pensado me les cago. Pinche Miguel, no me mires ¿no ves lo madreada que estoy? Y es que la quimio me está matando de a poquito. Píntame los labios de rojo y las mejillas también, tízname las pestañas y ponme mis pantuflas doradas. Pinche vida, no vale nada, como dijo José Alfredo. ¿Te platiqué que me pretendió?, por eso inventé que me había compuesto "Paloma Querida", lo malo fue que en una entrevista dijo que su esposa se llamaba Paloma y qué te cuento, no me la acababa con las putas de aquella casa, búrlese y búrlese de mí, ¡ay sí chulis! Que las encaro entonces: nos dice así a todas sus viejas: Palomas, o qué, ¿creían que era de una sola mujer? Ya parece, si mi José Alfredo era un viejo poca madre. Pío, pío, pío.

Pon un danzón y báilalo conmigo, bajas la mano a la cadera y me acaricias la nalga; pero no aprietes, ni magulles. No lo hagas como pelado, no te quieras atascar. Es baile de salón, acuérdate y fajar es cosa muy decente. Si para eso hay que tener estilo. Yo no me encueré en público, ni me pasé un tubo por el clítoris, por eso cuando fui con mi Richard a un teibol, al ver los desfiguros de una mona me dio harta muina, como estaba yo borracha encaré a la putilla de quinta y le grité: desvergonzada, vulgar, nomás andas desprestigiando la profesión, puta decente habías de ser; y la gente en las mesas riendo. Que la putilla agarra sus trapos y se baja. Y yo, con educación: maestro, ¿Podrían interpretar Nereidas? Y que se arrancan, jalé a uno y le dije: ven acá papacito dime lo que sientes; y él, muy refinado, me puso la mano en la nalga; pero así, bonito, sin calenturas juveniles y todos aullando como perros calientes; luego se para otro buen hombre y le dice: ¿me permitiría usted el honor, caballero? Y él, que sí, luego otros más, y la gente de pie aplaudiendo. Que empujan al Richard a la pista y grita una voz: vivan los novios y nos empiezan a aventar las palomitas de la botana como si fuera arroz y que me carga el Richard como si fuera la novia y despacito da la vuelta a la pista para que me despidieran como torero caro y todos a mi paso llenándome de rosas. Adiós papitos, papacitos, mis reyes, mis reycitos, aquí tengo con qué quererlos. Pío, pío, pío.

Ponme unos chiqueadores de romero Luis, ¿ya ves? Me distraes y no te cuento nada, ¿así quieres hacer mi película? ¿Qué quieres saber de mi vida? De trece años. Mi madre tenía poco de muerta. Mi padre vendió mi cama quesque pa sacar dinero. Yo había notado que me veía en forma extraña, cuando dijo que dormiríamos juntos preferí hacerlo en el suelo.

Si llegaba borracho me encerraba en la cocina y no salía hasta que se quedaba dormido, pero una vez llegó tarde; no lo sentí, cuando reparé estaba encuerado a mi lado, con aliento alcohólico y hablar trastabillante: Pachhhis, no tengas miedo, no te va a doler me besó con su boca apestosa, casi vomité por el asco que me dio su lengua; se encimó, tomó impulso y entró de golpe, y el grito aquél suspendido en el aire, con los ojos saltones y el dolor clavado en la ingle. Otra noche volvió a llegar borracho. Cuando me dio la primera cachetada estaba distraída. Dijo que era una puta, la causante de su desgracia. ¿Por qué me provocas, desvergonzada?, ¿qué diría de ti tu madre si viviera? Y yo sangrando. Me jaló, rompió mi blusa dejando al descubierto mis pequeños pechos, los pellizcó con sus dedos puercos, los chupó y me penetró, yo lloraba de impotencia. Cuando se durmió me fui de la casa. Empecé mi fulgurante carrera de puta. ¿Cómo ves?, llegué lejos ¿no? Cuando supe de su muerte fui adonde lo enterraron. Llegué a su lápida y le grité como loca: aquí estoy cabrón, aquí está lo que hiciste de mí. ¿Estás contento? Ahora soy una puta exitosa y tú un pendejo fracasado. Púdrete en el infierno, garañón, que no habrás de salir de ahí. Escupí sobre su tumba y me largué para no volver jamás. Pío, pío, pío.

Pachis, Pachita, la de la cama nueve, la del cáncer en la matriz y metástasis en los pulmones. Píntame los labios de colorado y tízname las pestañas. ¡Ay, Luis!, ¿vieras que mal sabor de boca me dejó recordar eso? Mira, cuando todo haya acabado brinda por mi felicidad, porque me hayan perdonado a los que fregué en la vida y que yo haya olvidado a los que se pasaron de lanza. Quita esa cara Luis, párame. Ya sé que lo tengo prohibido, no friegues. ¿Entonces voy a ser el personaje principal de tu película? No, pues está de poca madre. Levántame despacito, ¿no ves que estoy toda madreada? ¿Oye, y ya pensaste qué artista me va a representar? Yo diría que la Rojo, mi rey, si la María tiene unas nalgas paraditas y unas piernas como las mías. Si tuviera cinco años menos y estuviera sana, podría hacerla yo y pa que veas nomás que buena onda, no te cobraba.

Dejaría que me padrotearas la película. ¿Ya ves mi rey?, ibas a terminar de mi padrote. No me hagas caso, levanta el brazo en escuadra y ponme la mano en la nalga pero no vayas a meter los dedos en la raya. Lo digo porque los jóvenes son muy impulsivos. Ahora entrepiérnate, así, suavecito, ¿sientes algo?, porque yo estoy sintiendo un calorcito sabroso. Vamos a girar despacio, con pasos pequeños: un, dos, tres, cuatro. ¡Ay Luis!, pero si ya te sentí. Andale, que calladito te lo tenías. ¿Dónde lo guardas que no me había dado cuenta? Ya, ya no aguanto, acuéstame. Pío, pío, pío.

Pachis, ¿le puedo hacer una pregunta? Tú dirás mi rey. ¿Por qué siempre termina así sus frases? Porque no quiero que estas pendejas digan que me morí y ni pío dije. ¿Sabes qué es lo que más extraño, mi rey? Mis zapatos altos de tacón dorado. Ay Luis, dirás que es mucho encaje, pero, por qué no, a cuenta de mis derechos de la película me compras un vestido entallado, escotado y con una abertura en cada pierna; con unas pendejuelas verde esmeralda y una chalina con perlas plateadas y me los traes, pero en lugar de zapatos de tacón alto mándame a hacer unas pantuflas doradas, total, yo ya no duro mucho y el equipo que me compres lo puedes usar en la película, aunque pensándolo bien preferiría que me enterraras con él. ¿Sabes cómo me imagino el final? Quiero que mi caja sea roja, forrada de peluche blanco para que parezca princesa y tú, mi rey, antes de que bajen la caja la abres y me besas en la frente, mi príncipe azul, para que despierte en la otra vida, en una vida mejor. Pío, pío, pío.

EL ESPECTÁCULO MÁS GRANDE DEL MUNDO

Por Alejandro Ordóñez

Ven ga us ted, a ní me se, di viér ta se!
Conozca el incomparable, el inigualable, el inimitable mundo del circo. Enamórese de los esculturales cuerpos y de la gracia de nuestras trapecistas; sorpréndase con los músculos y la fuerza de nuestros acróbatas; conmuévase con las desgracias y las miserias de nuestros fenómenos y de nuestros monstruos.
Contemple usted al auténtico, al genuino, al siempre imitado pero nunca igualado hombre elefante y, si se atreve usted, por dos monedas más podrá tocarlo y platicar con él. Observe usted no a la mujer barbuda, no a la mujer más gorda del mundo. ¡No! Vea usted, con sus propios ojos, a la mujer sirena. Sí señor, oyó usted bien, la mujer sirena; aquélla que por una maldición que cayó sobre su madre, por bañarse en viernes santo, tuvo la desgracia de nacer sin piernas y con una enorme cola de pescado. ¡Pa se us ted, vé a la, tó que la, hué la la, ad mí re la!
Diviértase con nuestras enanas y nuestros enanos, compruebe usted porque las meninas y los juglares de Felipe el Hermoso y de su hijo Carlos causaron tanta hilaridad y provocaron tanta risa en las cortes españolas. Asquéese hasta la náusea con las deformidades y asquerosas costumbres del horrible jorobado Cuasimodo.

.Descubra usted porque Víctor Hugo. Sí, el incomparable genio de la literatura dedicó una novela a esta abominable criatura y enamórese con él de la hermosa, de la siempre bella Esmeralda. Una vez que la vea querrá usted llevársela a la torre más alta de la iglesia y disfrutar con su gracia, echar a vuelo las campanas, tomar por asalto el paraíso y... No, no se sorprenda, por favor, si al ritmo de su pandero y su cintura termina usted bailando como oso
Sí señor, venga usted y conozca a los osos, a los tigres y al auténtico hombre de las nieves traído desde los remotos Himalayas. Venga y baile como yeti o como oso o como perro, con nuestros perros amaestrados, o como usted prefiera; porque eso sí, le aseguro que no podrá quedarse quieto en su butaca.
Tenemos palcos, plateas, asientos preferentes y generales, no importa que more usted en lote de tercera o mausoleo, tenemos aquí localidades para todos los gustos y para todos los bolsillos. Apúrese, antes de que no quepa ni un alma más dentro del circo. Sí, el incomparable circo Ringling Brothers.

que ya va a empezar el espectáculo. Sí señor, el espectáculo más grande del mundo. Abriremos con las contorsionistas y los pulsadores; entraremos después, entre estupendos y admirables malabares, al mundo de lo insólito en el que el escapismo del Gran Houdini se hará presente; veremos cómo es amarrado con auténticas cadenas y fortísimos candados y cómo es introducido en una enorme pileta de cristal llena de agua. Espero que ahora sí no le falle, que no nos falle...

Aguarden, algo inesperado ocurre en la pista. Salgan, salgan de ahí, señores, no ven que pueden ser aplastados por los elefantes. No señor, no aviente usted agua al respetable. Vaya, menos mal que era confeti. Y ahora, un fuerte aplauso para recibir al rey de los payasos, aquél que inspirara un poema y que con su gracia infinita hiciera reír, hasta el borde de las lágrimas, a reinas y princesas. Señoras y señores, con ustedes, el gran Garrick.

Ahora, Ringling Brothers se enorgullece en presentarles al temerario, al indómito Iván el terrible, el hombre que no conoce el miedo, el único capaz de dominar a las fieras con el temple de su carácter y que en aquella inolvidable función celebrada en San Petersburgo, en presencia de la familia del Zar Nicolás III, fuera salvajemente mordido en la misma cabeza, por sus leones, y que provocara tal crisis nerviosa en la zarina que fue necesario llevarle a Rasputín para que con su hipnótica mirada la calmara.

La magia es de Blacamán; quién más, si fue el primero en desaparecer a un tigre de su jaula y en atravesar con espadas el cuerpo de una mujer sin herirla y en hacer el milagro de convertir el helado que comía la reina madre, cuando era todavía una niña, en una hermosa rosa roja, tan impresionante por su tamaño, por su color y por su aroma, que la princesa ordenó sembrarla en los jardines de Buckinham, en donde, hasta la fecha, florece con los primeros vientos de cada primavera.

Veremos al hombre más fuerte del mundo, el negro Tom, aquél que en las propias inmediaciones de las Puertas de Brandemburgo derrotara a los teutones que lo desafiaron y que lograra la hazaña única de levantar, como moderno Hércules, unas ruedas de ferrocarril, hecho que provocó tal ira en el Führer que lo obligó a abandonar, entre espumarajos que escurrían de su boca, la carpa. Todo ello antes de que Berlín fuera destrozado y luego reconstruido nuevamente.

Ahora, señoras y señores, rogamos silencio. Absoluto silencio, por favor. Cualquier ruido, cualquier distracción puede ser mortal, pues como pueden ver no hay protección ni red. Allá arriba, fíjense bien, se puede distinguir, tan delgado como si fuera el pelo de un camello, un cable. Un cable por el que habrá de cruzar, de lado a lado de la carpa, nuestro inolvidable Karl Wallenda. Sí, el equilibrista genial, aquél que atravesara el gran cañón, único capaz de dominar el miedo que produce ver abismos superiores a los doscientos metros, por debajo de las plantas de sus pies y un arroyo serpenteante entre agudas aristas de las mortales rocas; y que un aciago día, al cruzar por entre dos rascacielos en la exótica ciudad de San Juan, de Puerto Rico, una traidora ráfaga de viento lo...

Pero eso fue ayer y hoy no estamos aquí para rememorar noticias tristes. Damas y caballeros, con ustedes el gran, el único, el genial, el inolvidable Karl Wallenda, quien con sus más de setenta años cierra el programa y hará las delicias de chicos y grandes y que, para darle mayor realce a su número, hará el acto con los ojos vendados y que, exactamente en el centro del cable, ya sobre la pista, se parará de cabeza, guardando el equilibrio, ayudado tan solo con su pértiga. Bendito sea y que Dios lo ampare.

que por hoy la función ha terminado. Vuelvan pronto. Buenas noches.

THE ACTOR´S STUDIO METHOD

POR ALEJANDRO ORDÓÑEZ

Cuando su esposa murió, después de más de cuarenta años de casados, la familia temió por su vida, por eso sus hijos se empeñaron en llevarlo a vivir con ellos, pero él no aceptó. Lo anterior no impidió que a partir de ese día alguno de ellos pasara por él, los fines de semana, para llevarlo a su casa. La idea era que conviviera con los nietos; aunque ya estando ahí le pedían que se hiciera cargo de los pequeños y de los hijos de los amigos que habían invitado a comer; y si se ofrecía algo de la tienda, pues: con mucha pena, suegro, unas cervecitas bien frías; y claro, como iba sin coche, pues: ¿le importaría irse a pie? Yo le prestaría el carro, pero ya sabe que el peor auto es el prestado… Y ni qué decir de las bromas de los yernos: niños, metan al abuelo que ya va a llover… ya les dije que lo cuiden, ¿no ven que se está mosqueando? Si se hartaban le decían: el fin de semana vamos a Cuernavaca, que alguno de tus hijos se haga cargo de ti.Por las tardes iban a su casa y le dejaban a los niños para que no estuviera triste y mientras él los ayudaba en sus tareas, ellos se iban al cine o a donde fuera, que no faltaban buenos motivos. De lo poco que había rescatado de su anterior forma de vida estaba el club de corredores y fue una compañera quien se lo sugirió: ¿Por qué no entras a mi club de la tercera edad? Te va a encantar, nos dan clases de música, pintura y actuación; además, conocerás a otras personas con las que podrás convivir, en lugar de andar cuidando a tus nietos; anda, ven, déjame presentarte…

Fue así como cambió su vida. Se inscribió en el taller de actuación que impartía un actor que filmaba comerciales para la televisión. Un día el maestro preguntó quién quería hacer un casting. Varios de los alumnos se animaron pero el maestro lo eligió a él. Pensó que sería por amistad, pero después supo la verdad: era quien mejor daba el tipo del personaje: era el más chaparro, el más feo y el más gordo del grupo; y lo que querían era eso: alguien feo, entrado en años y en carnes, incapaz de provocar la menor inquietud sexual entre las mujeres. El comercial era de un medicamento que curaba la disfunción eréctil. A él no le interesaba esa cuestión pero sería su debut como actor. La idea era mostrarlo retozando en la cama con una mujer madura y fea, después de un ligero cachondeo ella fingiría tener el orgasmo de su vida. Entendía que no era indispensable tener una erección propia de un gorila, pero no estaría mal que así fuera. Lo anterior lo llevó a recordar la última vez que eso había ocurrido, con preocupación descubrió que desde que había enviudado su libido estaba en ceros. A la mañana siguiente, a la hora del baño, por mera preocupación científica inició algunas exploraciones y se sometió a varias pruebas que lo llevaron a concluir que no era él el único jubilado que había en su casa.

Por otra parte, recordó haber leído que varios actores declaraban que su éxito se debía a que se habían posesionado de su papel y aprendido lo relativo al personaje que representaban, así que decidió hacer lo mismo. Diariamente se paraba desnudo frente al espejo para repetir su breve parlamento. Adoptaba variadas poses y fue tanto su empeño que en verdad llegó el momento en que soñó ser un semental, un garañón, un putañero...

El comercial resultó un éxito y durante su grabación ocurrieron varias cosas: para empezar, el maestro sustituyó a la cacariza que le habían llevado de pareja por una joven sensual y guapa con la que jamás hubiera imaginado compartir el lecho… y algo más, pues cuando empezó el ligero manoseo que grabarían las cámaras; él, que para entonces se había posesionado de su papel, tuvo una erección que ella percibió y la excitó tanto que lo siguió al baño y ahí, sobre la taza, lo montó hasta tener un orgasmo que se escuchó en todo el foro. El comercial resultó tan real que las ventas del producto se incrementaron y cambió su vida, pues además de ver su rostro en los canales de televisión y en revistas de todo el mundo, las vecinas y hasta las propias hijas de las vecinas empezaron a ir a pedirle una taza de azúcar o a preguntar si se le ofrecía algo y claro, para acabar con las frustraciones sexuales que durante años les provocaron sus maridos, sus novios y sus amantes.

La farmacéutica le ofreció un contrato millonario para que actuara en varios comerciales. Anunciaría un producto para adelgazar, ya que era tan famoso volverían a grabarlo unos meses después y a conseguirle entrevistas en las principales cadenas de televisión del mundo para que el público constatara los beneficios del producto y que no se trataba de un engaño. Por supuesto, tendría que cuidar su dieta, consumir el producto y bajar quince kilogramos en un tiempo perentorio. El, como lo hizo con la cuestión eréctil, decidió tomar en serio su papel: todas las mañanas se paraba desnudo frente al espejo, hacía poses que había visto en los programas de físico culturismo.

Vio que su cintura adquiría un tamaño que sólo con años de trabajo en el gimnasio podría lograrse, su papada de toro cebú desaparecía y en su tórax se apreciaba un lavadero que le daba un aspecto impresionante. Grabó un comercial en traje de baño donde se apreciaba su exceso de grasa, en el que se comprometía a hacer otro en el plazo de tres meses para que vieran el resultado.Por supuesto aceptó el medicamento que le proporcionó el laboratorio, pero tal como lo recibió lo guardó en la alacena, seguro como estaba que no le haría falta, pues para bajar de peso sólo necesitaba el poder de su mente: posesionarse del papel de un físico culturista. Los resultados no se hicieron esperar, la gente hacía filas en las farmacias de todo el mundo para comprar el producto.

Anunció también un producto contra la calvicie, pero lo que le dio un giro inesperado a su vida fue la noticia que le comunicó el director del laboratorio: habían decidido apoyar causas altruistas, así que se habían comprometido con la ONU para que su actor estrella grabara un promocional que ayudaría a combatir la discriminación de género que con tintes agresivos y hasta criminales se venía presentando en todo el mundo. El, por supuesto, se opuso por todos los medios: tanto los jurídicos como los morales y de conciencia, pero los directivos de la empresa fueron implacables: o grababa ese último promocional o lo demandarían por incumplimiento de contrato y tendría que indemnizarlos con una suma millonaria. El promocional era en verdad simple, ni siquiera tendría que repetir algún parlamento. Aparecería a cuadro vestido con elegante smoking, azahar en la solapa y abrazando a su joven pareja con la que estaba contrayendo nupcias. Se besarían en la boca y sonreirían a cuadro. Su consorte aparecería también con smoking y azahar en la solapa, cabello rubio hasta los hombros y un leve toque andrógino. El resultado fue sensacional: cuatro países europeos y dos americanos modificaron sus leyes para permitir el matrimonio entre personas del mismo sexo. Por lo que a él respecta, sus hijos aseguran no haberlo visto otra vez aunque tienen noticias de que vive en la costa azul, con el atractivo joven del promocional.

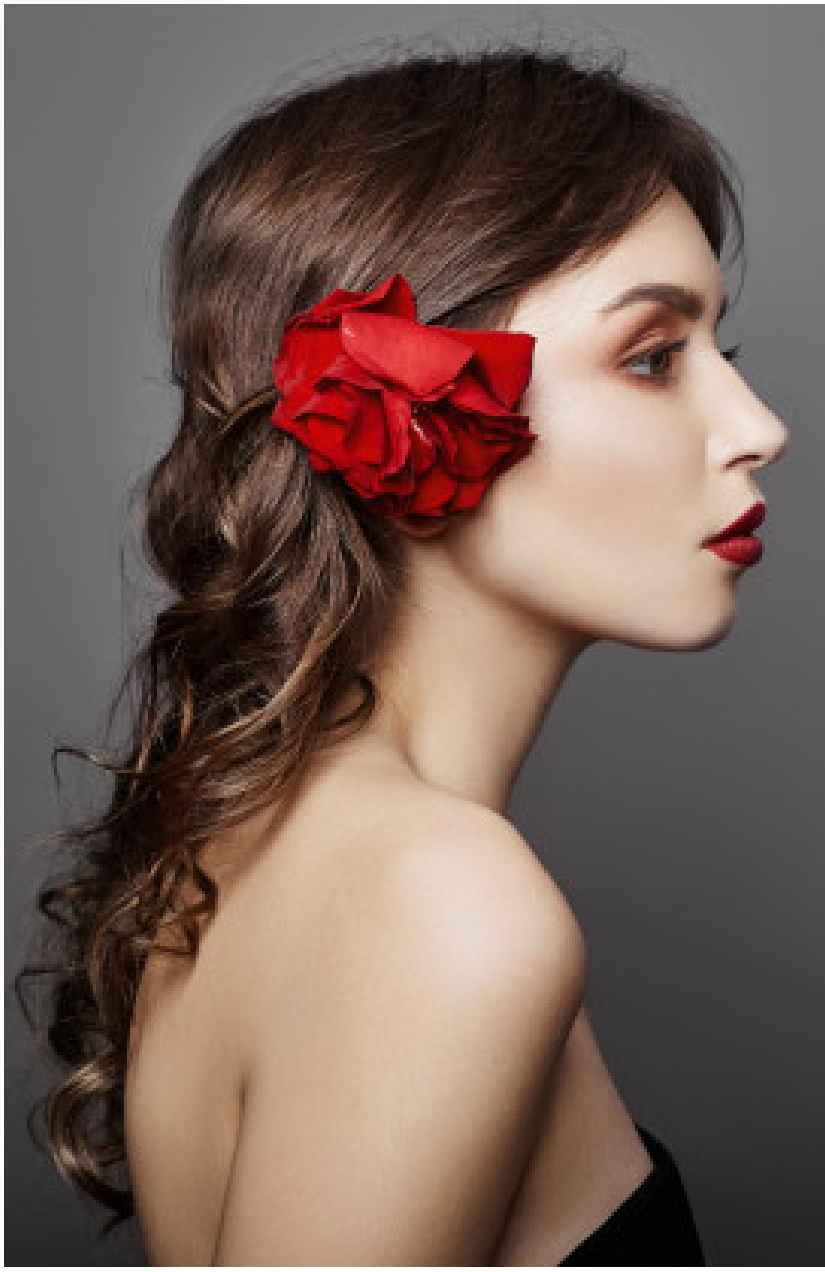
LA FLOR ROJA DE SU PELO

Por Alejandro Ordóñez

Nico y yo crecimos juntos y aunque él era mayor fuimos amigos inseparables. Su mamá trabajó en mi casa y creció como miembro de la familia. Nuestras vidas fueron distintas pero siempre estuvimos en contacto. Lo acompañé en su boda y en los funerales de su esposa, cuya muerte acentuó su carácter huraño. Desapareció durante años. Luego supe que trabajaba de guarda faro en una despoblada e inhóspita isla del Caribe a la que cada semana llegaba un barco con provisiones y los insumos necesarios para el funcionamiento del faro. Tiempo después el tono de sus cartas cambió, estaba enamorado de una joven que, no obstante la diferencia de edades, decía amarlo tanto como él a ella.

Durante meses insistió que lo visitase y si acepté fue porque deseaba escribir una novela. Abordé el barco que tras una hora de navegación me llevó al atolón. En un mar calmo el patrón se acercó: le intrigaba mi visita, preguntó si buscaba un tesoro. Por fin contó la historia: corría el Siglo XVI, una carraca española cargada de oro y joyas partió de Cartagena de Indias con destino a Cádiz. Sorprendidos por un huracán buscaron refugio a sotavento de la isla pero la tormenta los hizo encallar en los arrecifes de coral. Algunos hombres sobrevivieron comiendo huevos y carne de aves hasta ser rescatados. Siglos después los cazadores de tesoros buscaron en vano los restos del navío para recuperar las riquezas que llevaba, hasta que al fin se dieron por vencidos.

El reencuentro con Nico fue emotivo y su esposa se unió a nuestro abrazo. Era delgada, bajita, de busto y caderas generosos, de sensualidad y desbordante alegría. Vivían en una casa de piedra, al pie del faro.



Esa noche descubrí el porqué Nico estaba loco por ella. Los gemidos y gritos de placer se oían en mi habitación a pesar de los gruesos muros, aunque noches después me pregunté si no trataban de inquietarme porque desde el inicio ella fue atrevida y coqueta, ante el aparente beneplácito de Nico quien sonreía con la conducta seductora de su esposa. Sus escotes eran pronunciados y al sentarse subía su falda para mostrar sus torneadas piernas. Una noche la soñé desnuda y pronto la deseé aún despierto. Me imaginaba entre los brazos de ese torbellino y a Nico espiándonos.

Durante el día me atormentaban los remordimientos y era poco lo que mi novela avanzaba. Una mañana calurosa, cuando esperábamos al barco con las provisiones, sugirió que ella me llevara a conocer una poza que hay arroyo arriba, donde podríamos refrescarnos. Llegamos al paraje, nos sentamos sobre una roca, al costado del estanque, sin más preámbulo se desnudó, dejando al descubierto la belleza de su cuerpo y se arrojó al agua. Fueron unos segundos pero su imagen quedó grabada en mi retina. Me negaba a seguirla aunque todo parecía tan natural que terminé por zambullirme en el agua y seguirla en sus juegos con la sensación de que alguien oculto en la maleza nos espiaba.

Los paseos se repetían, al principio era sólo el día en que llegaba el barco cuando Nico me obligaba a salir sólo con ella; después se multiplicaron. Buceamos en los arrecifes de coral, pescamos con arpón y fuimos a las cuevas que hay en el cerro de la isla. Conversábamos largamente, me platicó de su niñez pobre y el deseo de no volver a repetir la experiencia. Sus confidencias aumentaban, supe de los celos enfermizos de Nico quien le prohibía acercarse a los marinos del barco de las provisiones y sólo confiaba en mí; de la vida aburrida en la isla y su deseo de conocer otros lugares. Los días en que Nico limpiaba las lentes ella se perdía largas horas. Una tarde bajó furioso del faro, yo escribía en la terraza para aprovechar el viento fresco. Una lancha de motor, dijo, ¿la oíste? Sin esperar respuesta entró a la casa, salió con un rifle y se internó en la floresta, yo quedé perturbado y aunque no era la primera vez que escuchaba el ruido preferí guardar silencio. Esa noche subí con él al faro, vimos las farolas de los barcos surcando el mar y unas luces tenues que recorrían las aguas a gran velocidad. Son lanchas rápidas, comentó, las usan los narcos para el trasiego de la droga.

Volteó a verme muy serio y dijo: me engaña, lo sé, estoy seguro; creo que es con el hijo del patrón del barco, debe venir a menudo en una lancha rápida. ¿No has notado nada extraño?, preguntó. No podría vivir sin ella, pero no soportaría la traición, ¿comprendes? Supuse que era una advertencia, y aunque no había hecho nada de qué arrepentirme, decidí adelantar mi salida.

El cuarto parecía horno, las sábanas estaban empapadas de sudor, los gemidos y los gritos parecían más fuertes que nunca, decidí salir a caminar, al llegar a la estancia vi que la puerta de su habitación estaba entreabierta. Ella lo montaba con inusitado vigor, a la luz del quinqué su piel brillaba con el sudor, su larga cabellera se agitaba como si fuera la crin de una yegua, al viento; protegido por la oscuridad no podía dejar de observarlos y su excitación me alcanzaba. Llegó el espasmo final, ella ocultó su cabeza en el hombro de él, dejando ver el esplendor de sus caderas. Pronto él roncaba, ella se levantó, vi la sombra de su pubis, su cintura breve, los senos erectos, el diminuto ombligo que adornaba como el botón de una flor su vientre. Tomó el quinqué, salió del cuarto, cerró la puerta, caminó hacia mí que no atinaba a moverme, cogió mi mano, nos sentamos. En su cuello brillaba un collar de oro con esmeraldas incrustadas, debía ser antiguo y muy valioso. Ella se acercó para mostrármelo, nuestros cuerpos se rozaban, percibí su fresco aliento a yerbabuena. Me lo acaba de regalar, dijo, con la condición de que sólo lo use dentro de la casa, no quiere que nadie lo vea, debe ser del tesoro español, seguro lo encontró y lo tiene oculto en algún lugar de la casa ¿te ha contado, sabes algo?

Me despedí de ambos, Nico lamentaba mi partida precipitada, ella lucía espectacular con una flor roja y un vestido blanco. No volví a verlos. Me enteré por los diarios, luego la policía vino a verme, accedí a visitar la isla como testigo y con el fin de ayudar en la investigación. La casa era un desastre, la mesa rota y los sillones volcados parecían testimoniar una pelea feroz. Las manchas oscuras en el suelo lo confirmaban. Las horadaciones en muros y piso daban cuenta de la frenética búsqueda. No hallaron cuerpo alguno ni rastros de ellos y mi única aportación fue un doblón español acuñado en el Siglo XVI y una marchita flor roja que descubrí entre las páginas de un libro que dejé olvidado…

UN NIÑO QUE VESTÍA DE AZUL Y UN PERRO NEGRO, POR SUPUESTO…

A LOS NIÑOS DEL MUNDO QUE SUFREN INJUSTICIAS.

POR ALEJANDRO ORDÓÑEZ

Durante mi vida profesional tuve que alargar mis días para poder correr ya que durante más de treinta años fui maratonista. Así, durante largas temporadas iniciaba mis sesiones a las cinco de la mañana; cuando no era posible entrenaba a la hora de la comida o ya noche, al concluir mis jornadas laborales y académicas. Cuando eso ocurría mi sitio preferido era un lugar ubicado en la segunda sección del Bosque de Chapultepec, llamado "El Sope". Una pista abierta las veinticuatro horas del día, con buena iluminación, rodeada por una malla, acceso controlado y la prohibición de meter perros.

En realidad, se trata de dos circuitos que comparten buen trecho de sus recorridos: uno de casi un kilómetro y otro con poco más de dos kilómetros. A un costado de las pistas baja una carretera con paradores iluminados para que los usuarios del transporte público aguarden seguros y del otro lado la elevada barda perimetral del Panteón Civil, también llamado "De Dolores".

Eran las diez de la noche cuando inicié mi sesión. Desde el principio algo no marchó bien. A pesar de ser primavera un viento gélido y una ligera neblina parecían seguirme. Para colmo los arbotantes se iban apagando conforme me acercaba a ellos y en cuanto me alejaba volvían a funcionar, como si las vibraciones de mis pasos los desconectaran. Llegué a un costado de la carretera.

Súbitamente la luz de un parador se apagó y en la penumbra pude distinguir a un tipo extremadamente grueso y fuerte, vestía traje oscuro y su figura era en verdad siniestra, parecía uno de esos asesinos a sueldo. Aún cuando no distinguía claramente sus facciones comprendí que el tipo me veía amenazadoramente. Aceleré el paso, me acercaba al punto de intersección de ambos circuitos, a unos cien metros un grupo de señoras trotaba alegremente, entre feroces carcajadas que rompían la quietud de la noche. Delante de ellas venía un niño de unos seis años, calzaba pesadas botas y vestía pantalón y chamarra de mezclilla azules; lo guiaba un perro negro. Apreté más el paso para no quedar atrapado en medio de ese tráfico pesado. El grupo quedó atrás pero el niño extrañamente aguantó el ritmo de mi carrera, a pesar de la velocidad con que me desplazaba. Lo miré de reojo y aunque no distinguí su cara comprendí que era una pequeña criatura. Me rebasó el perro negro, con pelo largo, sedoso y brillante; ojos impresionantemente rojos, como si estuvieran inyectados de sangre; me miraba fijamente sin interrumpir su carrera y su cabeza volteada hacia atrás me hacía recordar el exorcista.

Escuché la voz del niño: ¡Señor, señor!, ¿puede usted decirme dónde está la entrada al panteón? Por supuesto no contesté, pensé que era una broma, pero el niño volvió a la carga: ¿…dónde está la entrada al panteón? A la tercera pregunta pensé que tal vez el niño estaba perdido y para orientarse le era necesario llegar a la reja del panteón. Estiré un brazo y le dije: del otro lado de la carretera, sigue la barda y a un kilómetro encontrarás lo que buscas. Continué la carrera pero mi conciencia me dijo que hacía mal, cómo era posible que por no interrumpir el entrenamiento dejara a un niño de esa edad solo a esas alturas de la noche; debía tener horas perdido y por supuesto no era corredor aunque me hubiera aguantado el paso. Pensé en su madre, en su familia, en el peligro que significaba cruzar la carretera y seguir por el costado oscuro del camino, recordé al tipo torvo y concluí que el trayecto estaría lleno de peligros así que detuve mi carrera para decirle que no se preocupara, lo llevaría de la mano, si era preciso, hasta las rejas del panteón y no lo abandonaría hasta que me guiara a su casa y lo entregara a sus padres.

No te preocupes, hijo, me oí decir. Lo busqué con la mirada pero había desaparecido. ¿Y el perro negro?, nada, ni sus luces… Esperé a las señoras, pregunté si habían visto a un pequeño niño vestido de mezclilla azul y un perro negro. Me vieron como si estuviera drogado. Mire, me contestó una de ellas, en tono burlón: en primer lugar no es hora para que un niño ande solo por estos rumbos, por supuesto no lo hemos visto y en este sitio, sabrá usted, está prohibido entrar con perros, tenemos más de una hora aquí y no hemos visto nada de lo que usted comenta. ¿Está usted bien?, ¿se siente bien?

Suspendí el entrenamiento y me fui a casa, al llegar la familia en pleno me rodeó. ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo malo? Coincidieron: tenía cara de haber visto al diablo. El cabello y los vellos de piernas y brazos erizados daban cabal cuenta de lo que me ocurría. Había transgredido los límites, cruzado una frontera que jamás habría deseado. Había quebrado el logos y sabía que había vivido algo que escapaba a toda lógica y razonamiento.

Como buen corredor llevo una agenda donde anoto cada día las distancias recorridas, los tiempos y observaciones que permitan recordar mis reacciones a las pruebas autoimpuestas. Quedaron registrados en la agenda: la fecha, los kilómetros corridos y el tiempo, así como la anotación: “Sesión suspendida porque encontré a un niño de mezclilla azul y un siniestro perro negro. Crucé una frontera desconocida”.

Transcurrió el tiempo, olvidé el incidente. Una noche, mientras me ponía mi ropa de corredor, dentro del auto, vi salir de la pista a una chica, venía histérica, gritaba y lloraba sin control. Se acercó a ella el vigilante y no la dejó marcharse hasta que la tranquilizó. Qué le pasó a la muchacha, pregunté. El guardia, solícito, me informó detalladamente lo ocurrido.

Cancelé el entrenamiento, al llegar a casa busqué en mis viejas agendas de corredor hasta hallar la anotación:

“…encontré a un niño de mezclilla azul y un siniestro perro negro. Crucé una frontera desconocida”.

Leí la fecha, era la misma de ese día y mes, pero del año anterior…

Anoté en mi agenda:

“Sesión cancelada. Un año exacto después de mi contacto una joven violó los límites de lo inexplicable, transgredió el logos y cruzó la frontera de lo absurdo: se topó con un niño que preguntaba por la entrada al panteón, vestía de mezclilla azul y lo acompañaba un siniestro perro negro…”

Para: Mario Iñaki, Andrea Julene, Patrick, Manjul , Troy y Galia

LOS POLVOS MÁGICOS DEL ABUELO

POR ALEJANDRO ORDÓÑEZ

Había una vez una familia como hay muchas: Eran papá Guille, mamá Ode y dos hijos pequeños: Pablo, quien tenía siete años y estaba en preprimaria; y Sofi, de cinco, que asistía al kínder; mamá Ode trabajaba en una compañía aérea y papá Guille en un banco, por lo que salían de casa muy temprano y no regresaban hasta la noche, encontraban a sus hijos dormidos y no podían platicar con ellos. Había algo diferente en la familia pues vivía con ellos el papá de mamá Ode, quien atendía y jugaba con los niños. Cuando era joven como papá, el abuelo Miguel había tenido un rancho, por lo que sabía ordeñar a las vacas y mugir como ellas, montar a caballo; sembrar semillitas de maíz o de frijol; orientarse en pleno bosque y seguir un rumbo determinado, aunque no hubiera un camino marcado, sin peligro de perderse; cosas que a pesar de ser tan valiosas en el campo no importaban en esa casa ubicada en la ciudad.

El abuelo conocía todas las historias de princesas encantadas y de caballeros; sabía, sin que Sofi tuviera que explicarle, cuándo se había convertido en la princesa Aurora, en la sirena encantada o en algún otro de los personajes que vivían en la mente de la niña; además era capaz de luchar durante horas con la espada de Darth Vader, a pesar de que los moretones y el dolor en las manos no se le quitaran durante días; y de construir increíbles naves del espacio o las más bonitas casas de muñecas con la ayuda de un cobertor; y por si fuera poco, era el único que bajaba a la cocina, sin importar la hora de la noche, por los vasos de agua que pidieran sus sedientos nietos.

Mamá Ode tenía tres hermanos que habían formado sus propias familias, pero siempre decidían lo que haría el viejo, sin escuchar su opinión; por eso cuando el abuelo sabia que vendrían a comer a casa llamaba a Sofi y a Pablo y les decía: Les voy a echar estos polvos mágicos que nos vuelven invisibles y mudos para el resto de la gente, así que sólo entre nosotros podremos vernos y oírnos. ¿Por qué, abuelo?, preguntaban Sofi y Pablo. Es que hoy vienen a comer tus tíos, así que podremos decir y hacer todo lo que querramos sin peligro de que nos vean o nos escuchen. Acérquense para que los polvos invisibles les cubran todo el cuerpo.

Llegaban los tíos a comer, papá Guille decía: El próximo sábado vamos a Cuernavaca, así que alguien deberá llevarse al abuelo. Convive con nosotros todo el año, sería justo que lo tuvieran en su casa algunos fines de semana. Cada día se comporta más como niño, hasta parece que tenemos tres hijos; desde que le ha dado por jugar a la Guerra de las Galaxias tiene a Pablo lleno de moretones por los espadazos que le da; además le llena la cabeza a la niña con historias de princesas y de príncipes encantados.

Y entonces, érase que se era, un buen día fueron de excursión. Se divirtieron como nunca. Recogieron las piñas de los árboles y jugaron guerritas; además, el abuelo los llevó hasta la entrada de una oscura cueva donde vivía un duende al que llamaron por su nombre y temblaron al escuchar cómo contestaba el aire al pasar entre las piedras. Uyyy.

Habían terminado de comer cuando escucharon voces que a poco se convirtieron en gritos: ¡Carla, Carla! Repetían desesperados sus padres, los amigos que los acompañaban y pronto todos los excursionistas que estaban en el lugar. Jugaban a las escondidas y Carla, una niña de cinco años, se fue a ocultar y no había vuelto. Todos hablaban de ello y no faltaba quien dijera haber visto el rojo de su falda en tal o cual dirección, todos opinaban y a todos escuchaban con atención; tal vez por eso abuelo Miguel se decidió a hablar: Se fue rumbo a esa montaña que está hacia el norte, dijo. Pero como el abuelo se había puesto los polvos invisibles nadie lo vio ni lo escuchó. Se organizaron grupos de personas que fueron en su búsqueda por varias direcciones, menos hacia la que decía el viejo. Faltan menos de tres horas para que oscurezca, dijo el abuelo a los nietos, así que voy a buscarla. Vamos contigo, dijeron los niños. ¡No!, contestó el abuelo, sería peligroso, quédense aquí, caminó hacia el auto y aunque hacía calor tomó la chamarra para la nieve de papá Guille y el cuchillo de monte que había escondido en la cajuela.

No le fue difícil encontrar el rastro de la niña, la había visto correr a esconderse, así que descubrió sus pequeñas huellas y las fue siguiendo, a veces era una rama rota o una hoja arrancada, a veces un piecito marcado en el lodo. Un broche para sujetar el cabello le hizo ver que iba en la dirección correcta. Era casi noche cerrada cuando llegó a una peligrosa cañada, vio los resbalones de sus huellas y supo que estaría por ahí, así que pronunció su nombre, al principio muy quedo, luego fue levantando la voz: ¡Carla, Carla! Primero fue un murmullo, después el volumen fue aumentando en la medida en que él se iba acercando. La encontró llorando sobre una roca. Tenía el tobillo lastimado y no podía caminar.

El abuelo se acercó, hablándole con cariño: princesa Aurora, eres tú, ¿verdad? Lo supe desde que te vi, no temas, vine a salvarte, soy el príncipe Arturo, sólo que una bruja me hechizó y me convirtió en viejo, pero bastará que un sapo me bese para volver a ser joven y guapo. -La niña sonrió- El la cubrió con la protectora chamarra e hincando una rodilla en tierra, como si estuviera hablando a una reina, le explicó la situación: Princesa Aurora, la noche cae, en la oscuridad perderíamos el camino y correríamos el riesgo de encontrarnos con algún dragón o uno de esos seres malignos que habitan en la oscuridad y no vaya a ser que nos conviertan en sapos, así que pido su autorización para construir un castillo donde esperaremos el amanecer para volver adonde están los reyes vuestros padres. Te doy permiso, dijo la princesa y entonces él le dio a guardar su espada Excalibur, que por un hechizo había sido convertida en palo, y se puso a recoger leña. En la chamarra de papá Guille halló unos cerillos con los que prendió una fogata. La princesa Aurora, con la certeza de que sus deseos serían cumplidos, dijo: príncipe, tengo hambre. No os preocupéis princesa, dijo el viejo, mientras sacaba de las bolsas de su overol un tamal de pollo, un bolillo y una barra de chocolate. Verás princesa, dijo en tono apenado, mientras partía aquellos manjares en dos porciones y le entregaba una, siempre estoy preparado por si un hada maligna me manda a dormir sin cenar. Cuando la niña oía ruidos él sacaba del fuego una larga vara que agitaba al viento mientras repetía a gritos las fórmulas mágicas y bailaba para ahuyentar a los dragones hasta que ella reía y se volvía a quedar dormida. Por la mañana la pequeña volvió a repetir: príncipe, tengo hambre. El sacó de su bolsillo la segunda porción y se la dio. Ella no quiso aceptar pues, dijo, era de él, pero el príncipe le explicó que debido al encantamiento no necesitaba alimento. La cargó sobre sus hombros, le dijo que era un caballo blanco y entre relincho y relincho emprendieron el regreso.

Al llegar adonde estaban los autos encontraron a una gran cantidad de personas, había tiendas de campaña de la cruz roja y rescatistas voluntarios. Nadie les prestó atención; después de todo, los polvos invisibles surtían sus efectos. Al fin Pablo los descubrió. ¡Es el abuelo, volvió el abuelo!, gritó, trae a salvo a la niña...

Se despidieron, ella besó su frente después de que él juró que ni ese beso ni el de ningún sapo romperían el hechizo y seguiría siendo viejo, pues la niña dijo que a ella le gustaba así, que le parecía el príncipe más guapo y más valiente que había conocido y que lo recordaría toda su vida.

La semana se fue entre entrevistas para periódicos y programas para la tele. El domingo, al terminar la comida familiar, el abuelo llevó a Sofi y a Pablo a su recámara, les mostró un saco de piel y les dijo: son los polvos mágicos, vamos a guardarlos en el cofre, son un verdadero tesoro, pero creo que no volveremos a necesitarlos.

a la memoria del abuelo Miguel

www.tachesytachones.com

CUENTOS,CRÓNICAS,
ANÁLISIS POLÍTICO,
ARTÍCULOS DE OPINIÓN Y
ALGO MÁS

Visitanos, suscribete y descarga parte del contenido